

el tablao

SALON POLITICO DEL AUTOMOVIL

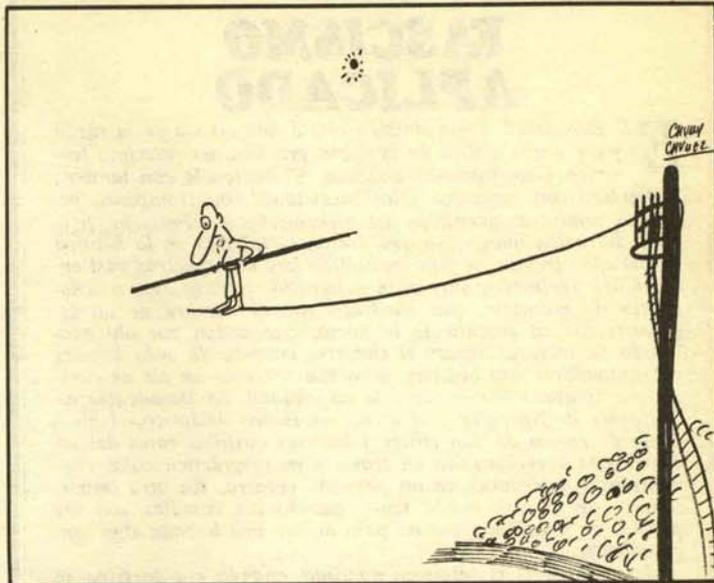
El país estará despolitizado, pero cada vez sabemos más de la política y de los políticos: las aficiones deportivas de los políticos, los gustos gastronómicos de los políticos, las preferencias literarias de los políticos, el entorno familiar de los políticos, la ropa interior de los políticos, el desodorante que no abandona a los políticos. Menos de las queridas de los políticos —que las hay, y que cargan en Loewe compras a la cuenta de los políticos—, aquí lo sabemos ya todo de los políticos, excepción hecha de la seguridad de que (si un día los políticos pueden hacer política) los políticos sobre los que ahora escriben los aficionados a la política sabrán hacer política.

Ya tenemos hasta el salón político del automóvil. Sabemos cómo son los coches particulares de los ministros, porque los oficiales están muy vistos: un Dodge 3.700. Se sabe que ni Cabello de Alba (a pesar de haber sido vicepresidente de Seat), ni Arias, ni García

Hernández, ni Cortina, ni Coloma, ni Alvarez Miranda, ni Rodríguez de Miguel tienen coche. Pero todos nuestros ministros tienen carnet de conducir, excepto el de la Vivienda, que tampoco tiene coche.

Las sorpresas vienen cuando se saben los coches que tienen los ministros. Uno que se creía que Fernando Suárez tenía un deportivo descapotable como los de los anuncios de hojas de afeitar y resulta que conduce algo tan vulgar como un Simca 1.200. Los ministros son de lo menos imaginativo para tener coche: casi todos consumen nacional y no compran a quien nos ofenden, Seat 124 y «dos y media» —que es como llaman los snobs al 1430. Muy poquitos se salen de madre: el Peugeot 404 de Cuadra Medina, el Mercedes 280 de Herrera Esteban, o el Alfa Romeo Alfetta —toma ya sonrisa en el doble carburador por la carretera de Cabra— de Solís Ruiz.

Para el futuro, el salón político del automóvil estará más animado, como todo el cotarro. Seguro que se quiebra la uniformidad del Seat 1430 y cada político dará la nota. ¿Qué coche particular usarán Areilza, Díaz-Alegría, Fraga, Silva? El de Fraga se lo imagina uno: un Morris comprado en Londres. El de Areilza, una de dos: o un



Rolls o un Bentley. El de Silva, un Mercedes como el del Papa. El de Díaz-Alegría, un sobrio y efectivo Volkswagen. Pero, ¿y los demás? ¿Y el coche de Ruiz Giménez, y el de Gil Robles, y el de Garriges Walker? ¿Será o no será un Ford Mustang el de Garriges? ¿Usarán autobús los Táticos o comprarán tacos de billetes de autobús? ¿Y los de extramuros? ¿Llevarán los socialistas dentro

de un orden un seiscientos o viajarán en metro? ¿Qué coche tendrán los liberales? ¿Cuál será el modelo que se acabará de imponer para los centristas?

Como ven, el salón político del automóvil se va a poner muy interesante. La monotonía del Seat se terminará. Yo, por si las moscas, ya me he comprado una bicicleta. ■ DESPEÑAPERROS

PARAFRASIS VAQUERA

EN el saloon, los dos grupos se miran con recelo. Con enemistad. Un grupo cree que el pueblo debe aceptar el ferrocarril. El otro lo niega. La atmósfera se va haciendo tensa a medida que resbalan por el cinc del mostrador los vasos de rye y de Bourbon. Las risas de las muchachas van siendo cada vez más agudas: cada vez más histéricas.

En el fondo, toca el pianista.

Parece que los partidarios del ferrocarril han dicho que con el paso de la vía férrea y el establecimiento de una estación podrán estar en relación con el mundo exterior, exportar su ganado, recibir mercancías. Y parece que los otros creen que puede llegar la corrupción, el desorden, las ideas nuevas y las gentes listas del Norte y del Este.

El pianista toca su rag time quizá en el estilo de Scott Joplin. Las teclas están amarillentas; las de los bajos, quemadas por la costumbre de dejar consumir en ellas el cigarrillo. El pianista comienza a sudar. De miedo.

Uno de los aislacionistas hace un signo al sheriff. Este comprende que, of course, tiene que irse. Desaparece dejando batir tras de sí las medias puestas del saloon. No debe haber un sheriff cerca cuando algunos van a atacar. Ana la Reina hace una señal para que las chicas se retiren. Revuelo de enaguas escaleras arriba.

El pianista había puesto su cartel bien visible: «No disparéis contra el pianista». Era algo de pura y simple lógica. ¿Por qué disparar contra el pianista? «El, hace lo que puede». Su rag time. Algún vals criollo. Si Ana la Reina quiere cantar su canción favorita, «I can give you anything but love, baby», los acordes necesarios. Pero jamás se

le ocurrirá tocar «En pie los pianistas de la tierra». Ni la Marsellesa. Al pianista le importa escasamente el ferrocarril. No tiene ganado que exportar, no tiene tierras cuyos productos podrían arruinarse cuando lleguen los de fuera. No tiene nada. No tiene, desde luego, un Colt del 45, como los que exhiben los grupos rivales. Ni siquiera una navajita para las uñas. El pianista es prácticamente un intelectual. Un artista. No dispares, please, contra el pianista. Sería, sobre todo, inútil.

Pero llega el momento de la crispación. El momento en que los dos jefes de fila y sus lugartenientes comienza por el entarimado, unos en dirección de otros, con las piernas arqueadas y las manos dispuestas a adueñarse, veloces, de las pistolas. Y dispararlas.

El pianista toca más deprisa. Y mucho más fuerte. Es su deber cívico: la música nunca debe parar. Y además le conviene: que se note que él es solamente el pianista.

Pero ya está perdido. Los dos grupos han disparado. Y han disparado sobre el pianista. Quizá porque sus tirantes rojos cruzados sobre la espalda ofrecían un blanco maravilloso. Naturalmente, los dos grupos son demasiado inteligentes como para dispararse mutuamente. Habían de acusarse, el uno al otro, de ser demasiado partidarios del pianista. Por lo tanto, lo inmediato era acabar con el pianista. Que, además siempre se puede sustituir.

Y el filósofo del pueblo escupe su masita de tabaco con un gesto rápido —siempre acertada con la escupidera— y exclama: —What a country! ■ POZUELO

LA UNIVERSIDAD ES UNA EMPRESA; LA EMPRESA ES UNIVERSIDAD

Hace de esto ya algunos años: la publicidad descubría el erotismo resbaloso de la señora del caballo; el NODO descubría las bellezas naturales de nuestra geografía turística, y las chicas de Orcasitas descubrían como modelo existencial la figura de la secretaria que cena con un señor de oscuro pero tiene un novio que acaba Económicas y se va a especializar en marketing para trabajar en una empresa americana donde tiene un vecino que es jefe de personal especialista en nóminas trucadas.

Era entonces cuando los cerebros más regados del país sintieron que en ellos florecía una flor de plástico: el mundo es una empresa. (Por aquellos días Marisol cantaba que «la vida es una tómbola», inconsciente la chiquilla de que una tómbola es una empresa